

PAGO ADELANTADO... Plaz. 450... 5... 5,50... 10... 15...

EL ATLANTICO

PAGO ADELANTADO... 4.ª plana, la línea... 3.ª » (lugar preferente)... 2.ª » (reclamados)... 1.ª » la línea...



Doña Lucía Sorroiz Pérez

Falleció el día 20 del corriente

Sus desconsoladas hijas, doña Urbelina, doña Carmen y doña Lucía; sus hijos políticos, don Tomás Mirones y don Juan Barañano; sus nietos y demás parientes

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendarla á Dios en sus oraciones, y asistir á los funerales que por el eterno descanso de su alma se celebrarán el viernes, 24 del corriente, en la iglesia parroquial de Santa Lucía, á las diez de la mañana.

El duelo se recibe y despide en la iglesia.

No se reparten esquelas.



LA SEÑORA

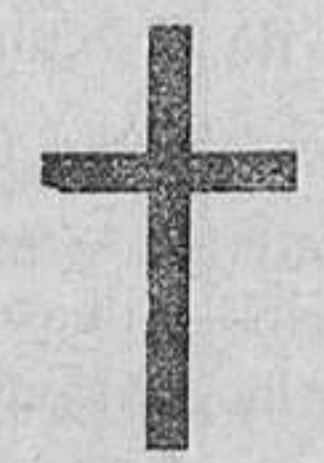
DOÑA NICASIA DE BUSTAMANTE Y RUEDA

Falleció en San Vicente de Toranzo, el 19 del corriente

Sus hermanos, hermanos políticos, sobrinos, sobrinos políticos y demás parientes

Ruegan á sus amigos la encomienden á Dios en sus oraciones y se sirvan asistir á exequias que por el eterno descanso de su alma se han de celebrar el lunes, 27 del corriente, á las diez y media de la mañana, en la iglesia parroquial de dicho pueblo; en lo que recibirán especial favor.

San Vicente de Toranzo, noviembre 22, 1893.



DON GERVASIO GONZÁLEZ DE LINARES

Ex-alcalde de Cabuérniga, ex-comisario regio de Agricultura, Industria y Comercio, C. de la Academia de la Historia.

Falleció ayer, 22 de noviembre de 1893

D. después de recibir los Santos Sacramentos

E. P. D.

Su Director espiritual el señor Arcipreste del Valle de Cabuérniga; don Mariano Gómez; su hermano, hermanos políticos, sobrinos y demás parientes

Ruegan á sus amigos le encomienden á Dios y asistan hoy, á las nueve de la mañana, á la conducción del cadáver, desde la casa mortuoria, Paseo del Alta, núm. 51, hasta el sitio de costumbre, desde el cual ha de ser trasladado al cementerio de Cabuérniga.

D. Carlos M. Conacy DENTISTA MUELLE, 34

¡Adios!

Quisiera animar un recuerdo de mi juventud; pero... ¿che usted un galgo á mi juventud?... ¡Corre, galgo!

-Adiós. -Adiós.

No nos conocíamos; yo no sabía, ni supe nunca quién era ella, ni ella debía de saber quién era yo. Sin embargo, nos saludábamnos siempre, no sé desde cuándo ni por qué... Nos saludábamnos á medias, con desconfianza; pero al mismo tiempo con cierta extraña afectuosidad muy natural, como si mediara entre nosotros no sé qué confianza muy íntima.

Y siempre lo mismo... Nunca traté de acercarme á aquella muchacha tan bonita, ni nunca se me ocurrió decirla más que adiós, y siempre á distancia, antes de cruzarnos, como si pensáramos detenernos. Pero ella cruzaba y seguía siempre, sin que yo intentara detenerla, ni decirla nada, ni mirarla ya... después de haberla mirado en frente; aparición hermosa, que avanzaba muda y solemne... Yo también enmudecía, y avanzaba también, no sé cómo, como á tientas, ciego de mirar sus ojos profundos, hasta que pasaba á mi lado la imagen, sin que yo me volviera á mirarla, como si la aparición se hubiera quedado en frente, desvanecida ante mis ojos, en la luz que todo lo inundaba.

Y si alguna vez, rechazando la vana alucinación, me volvía para seguir mirando á la mujer, que se alejaba sin mirarme, experimentaba el mismo desencanto, como si al perderse entre la multitud, ó á lo lejos, sin envolverse ya en sus miradas puras, dulcemente fascinadoras, se hubieran apagado para siempre aquellos ojos, que ya no volverían á acariciarme. La idea de seguirla, como hubiera seguido á otra mujer que me gustase menos, me parecía absurdo; aquella caricia que pasaba, como las auras, no se debía ir á buscar, porque no se encontraba... ¡Extraño presentimiento! Y me entregaba á un fatalismo tranquilo, casi dulce, y consentía que se alejase aquella muchacha tan bonita, tan amable...

Llegaba á olvidarme de ella completamente como si hubiera muerto, ó como si nunca hubiera existido; cuando era yo entonces, y siempre, incapaz de olvidar así á cualquiera mujer, por poco que hubiera complacido mis ojos, por nada que hubiera encendido mi corazón. En cambio al verla otra vez, experimentaba siempre la misma alegría, nueva siempre, siempre naciente, cual si la magnífica ilusión perdida tantas veces se me ofreciese entonces por vez primera, como un dón seguro. Y yo aceptaba sin recelo toda aquella alegría, y la promesa cierta de aquellos ojos leales; promesa, en verdad, no desmentida nunca... La desmentida yo, apenas cruzaba ella diciéndome adiós, aquel adiós sencillo con que á mi se me antojaba que se despedía para siempre. Y, al fin, para siempre se despidió...

Todavía me parece que la estoy viendo alejarse la última vez... ¡Cuántas, desde entonces, he deseado ardientemente verla, como otras veces, pasar á mi lado y decirme adiós!

Ya soy viejo y no me alegraría ver pasar á mi lado la felicidad; pero... quisiera volver á despedirme de aquella muchacha.

DOMINGO G. CUETO.

Buñolería nacional

¿Que á cuantos estamos de lo de Melilla?

«Hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual.»

Hay muchos cabos que atar: no se sabe si el Sultán está á ochenta ó está á ochocientos kilómetros del «teatro de los sucesos»; y tampoco se sabe si el hermano del Sultán, que debe de estar si toca ó si llega, acaba de llegar y de tocar.

Esto, por lo que hace á los cabos. Cuanto á los generales, falta saber si va López, si va Martínez, ó si no va ninguno.

Con la ignorancia respecto á la llegada del hermano del Sultán y sus propósitos, está el general López que no sabe ya si ir ó dejarlo, por miedo de hacer «un ridículo mayúsculo».

Yo creo para mí que por eso no lo debía dejar, ateniéndose á aquello de «á lo hecho, pecho»; pero hay que respetar los escrúpulos, vengam cuando viniesen.

De que vaya Martínez estamos todos ansiosos, que no cerramos boca, á lo que es cuenta.

La cuenta la lleva La Epoca que en un largo artículo, reforzado con textos de López, demuestra que «lo que quiere la patria» es que vaya Martínez.

¡Oh patria!..

Quien te puso España ¡oh patria!

no supo ponerte nombre; que debía haberte puesto bien Martínez, ó ya López!

**

En tanto se resuelve eso, y supuesto que lo que quiere España es, por un lado, que vaya López á Melilla, y por otro lado que no vaya á Melilla López, sino Martínez, demos de lado á la importante cuestión de nombres, y supongamos también que la patria quiere saber lo que le ha costado en sangre el dulce fur niente que hasta ahora hemos hecho en Melilla.

Un periódico pregunta cuantos muertos y heridos hemos teuido en Melilla desde el día 2 de octubre.

Y pregunta—que es peor — «si se puede saber».

¡Cómo!... ¿pues no están ahí los partes oficiales?

Y pregunta aún:

«Es verdad que 150 soldados del disciplinario han desaparecido, siendo bárbaramente mutilados?»

Y—esto ya no es preguntar:

«Sorprende, á la verdad, que ya en Cádiz, ya en Málaga, dejen heridos y más heridos los vapores correos, y que esté lleno el hospital de Melilla.

Y, sin embargo, las cifras publicadas por la Gaceta no parecen hallarse en relación con lo que se sospecha y á simple vista salta.»

¡Dejémoslos de sospechas... aunque salten!

Y dejad á la Gaceta y al Gobierno.

Lo que importa es que el Gobierno venza las dificultades para decir en la Gaceta si la patria quiere que vaya López, ó que vaya Martínez, ó que no vaya nadie.

Poco le importa á la patria lo que los moros mutilen; aquí lo que importa es López, lo importante aquí es Martínez.

Hablando de Castelar, pregunta El Tiempo:

«¿Estará perturbado? Hablará todavía del presupuesto de la paz.»

Según noticias formales, parece que se ha repuesto tan de firme en sus cabales, que medita un presupuesto con cuatro mil generales.

A ver si es la escasez de generales la causa de ese barullo en que el gobierno no se entiende, ni los conservadores se entienden con el gobierno, para dar un general á las tropas de Melilla... Que ya le tienen.

Los ministeriales, y aun los conservadores, siguen cantando su victoria contra los republicanos en las elecciones de concejales.

Los periódicos refieren que muchos fusionistas han felicitado al ministro de la Gobernación y al gobernador y al alcalde de Madrid por ese triunfo.

Comprendería cualquiera que los ministros, gobernadores y alcaldes felicitaran á los fusionistas.

Porque... ¡triumfaron los fusionistas con sus votos, ó con sus mañas triunfaron alcalde, ministro y Poncio!

**

Esas felicitaciones no parecen hechas sinó para dar fuerza á esta observación que hace La Justicia al triunfo en cuestión:

«Confiesenos á nosotros el Gobierno, y acudan todos los monárquicos juntos á combatirnos en las urnas.»

La Justicia quiere presidir las elecciones para convencerse, por supuesto, de si Madrid es republicano ó es monárquico.

¿Sin trampa?..

A su antojo abandonada, la que es villa coronada; probaría, en buena lid, que nunca ha sido Madrid ni chicha ni limonada.

La prueba decisiva sería repartir al pueblo, coincidiendo las horas, candidaturas para votar y entradas para los toros.

El Correo asegura que el resfriado del señor Sagasta tiene escasísima importancia.

Y debe ser verdad, porque todo el señor Sagasta va teniendo escasa importancia.

Y añade El Correo:

«En la Bolsa se ha querido explotar la salud del señor Sagasta, suponiendo que padecía retroceso.»

Supongo que de cualquier manera, la explotación no habría sido importante; porque el supuesto padecimiento debe de ser también de escasísima importancia.

Pulecer retroceso debe ser cosa de las bolas de billar.

¿Acaso al señor Sagasta le pican bajo?..

Desde Babia

La peregrina idea de que si la casa Ibarra y compañía no satisface á los buzos que ella trajo para extraer del Cabo Machichaco las cajas de dinamita, la cuenta que la han pasado, se la satisfaga el pueblo de Santander de su bolsillo particular, ha merecido completa conformidad de un colega.

Eso es; mediante un contrato privado, verbal ó escrito, entran al servicio de una empresa, para un trabajo determinado, esos buzos, y al surgir disonimientos entre ambas partes contratantes al pueblo de Santander le toca cargar con el mocheo, porque es un pueblo noble, agradecido, generoso... y tonto de capirote.

A ellos Santander nada les pidió ni tenía que pedirles. Exigió, sí, ó exigieron por él las autoridades, que la Compañía Ibarra extrajera inmediatamente la dinamita que quedaba en la popa del barco; teniéndole sin cuidado que ese trabajo y la extracción del resto de la

